



El hombre y los Andes

Homenaje a Franklin Pease G.Y.

Capítulo 13



Javier Flores Espinoza
Rafael Varón Gabai (editores)



Tomo I

Este libro corresponde al tomo 161 de la colección Travaux de l'Institut Français d'Études Andines (ISSN 0768-424X)

© Por el Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Lima-Perú
Teléfonos: 330-74 10, 330-74 11
Telefax: 330-7405
Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-512-6 (rústica)
No. de Depósito Legal: 1501052002-5220 (rústica)
ISBN: 9972-42-513-4 (tela)
No. de Depósito Legal: 1501052002-5221 (tela)

Impreso en el Perú - Printed in Peru
Primera edición, diciembre de 2002

Fotografía de solapa

Franklin Pease García Yrigoyen en el decanato de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en noviembre de 1998. Archivo Franklin y Mariana Pease.

Fotografías de carátula

Peruviae Auriferae Regionis Typus (1574), Diego Méndez. Biblioteca Nacional del Perú
Don Felipe Túpac Amaru I (siglo XIX), Anónimo. Museo Nacional de Arqueología,
Antropología e Historia del Perú

El Inicio de la Procesión (siglo XVII), Anónimo

La Procesión del Corpus Christi en el Cuzco. Arzobispado del Cuzco (Fotografía: Daniel Giannoni)

Chaco de vicuñas (detalle). *Trujillo del Perú (siglo XVIII)*, Baltasar Jaime Martínez Compañón (Fotografía: Daniel Giannoni)

Descensión de la virgen al lugar sagrado del Sunturhuasi, Anónimo. Iglesia del Triunfo, Catedral del Cuzco (Fotografía: Colección Privada)

FLORES ESPINOZA, Javier F., ed.
El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease G.Y./
Javier Flores Espinoza y Rafael Varón Gabai, eds.--
Lima: PUCP, 2002.

/PEASE GARCÍA YRIGOYEN, FRANKLIN/BIOGRAFÍAS/BIBLIOGRAFÍAS/
POBLACIÓN INDÍGENA/INDÍGENAS/ CONQUISTA/COLONIA/
ETNOHISTORIA/HISTORIOGRAFÍA/ICONOGRAFÍA/ETNOGRAFÍA/
ARQUEOLOGÍA/ANTROPOLOGÍA/HISTORIA/PERÚ/COSTA/SIERRA/
HISTORIA DEL ARTE/HISTORIA ECONÓMICA/HISTORIA DEMOGRÁFICA/
LINGÜÍSTICA/CRÓNICAS/

Del camino de la sierra a la conquista del Perú¹

CON LA SEGURIDAD DE que parte de la información de Hernando Pizarro, y de otros testimonios de los protagonistas de los encuentros entre europeos y americanos, fueron perennizados en la carta a los oidores de Santo Domingo (1533), ésta debe haber sido la fuente usada por Gonzalo Fernández de Oviedo para presentar su “verdadera relación” de la conquista del Perú. Oviedo, vecino principal y alcalde de Santo Domingo, se nutrió de las informaciones dadas por Francisco de Xerez, el secretario de Pizarro, y gracias a ella construyó su “verdadera relación”. Aunque Ake Wedin (1966) se refiere a la crónica de Oviedo como una fuente de segunda mano, no niega la importancia del material que reúne y lo califica de valioso y temprano, adjetivos de gran importancia en el caso del análisis de las crónicas, dado que no son muchas las informaciones de este tipo. Uno de los tópicos que con frecuencia vamos a encontrar en la lectura está referido principalmente a la justificación de la acción española en el proceso de la conquista.

Cuando el gobernador Pizarro inició las averiguaciones sobre Atahualpa, sus informantes le dijeron que

“este Atabalipa era hijo del Cuzco Viejo que es ya fallecido el cual señoreo todas esas tierras, y a este su hijo Atabalipa deixo por señor de una gran provincia que estaba adelante de Tomipunxala qual se dice Quito, i a su otro hijo mayor dexo todas las otras tierras y señorío principal y por ser sucesor del señorío se llama Cuzco como su padre y no contento con el señorío que tenia vino a dar guerra a su hermano Atabalipa” (Xerez 1983 [1534]).

A partir de este texto, y de otras citas que el autor incluye, es posible aproximarse a la personalidad de Huayna Cápac, a quien Atahualpa llamó “el Cuzco” o “el Cuzco Viejo”, señor de toda aquella tierra de más de trescientas leguas, natural —se-

1 El estudio de los Andes fue uno de los temas predilectos del Dr. Franklin Pease, y en muchas oportunidades discutimos en torno a la edición de la “Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco llamada la nueva Castilla...”, editada por Juan de Junta en Salamanca, en 1547. Justamente en recuerdo a estas conversaciones (y continuando el análisis publicado en *His-tórica* [1998]), es que presentamos el siguiente texto.

gún él— de una provincia más allá de Quito, apacible y rica, “ y [que] puso nombre a una gran ciudad donde estaba la ciudad del Cuzco” (Xerez 1983 [1534]: fol. XVIIIv):²

“Era temido y obedesido que lo tuvieron quasi por su Dios; y en muchos pueblos le tenían hecho de bulto” (Xerez 1983 [1534] fol. XIIIv). [Se dice que su heredero se llamaba como él y era hijo de su] “muger legitima... la mas principal a quien mas quiere el marido... El Cuzco Viejo dexo por señor en la provincia de Quito apartada del otro señorío principal a Atabalipa; y el cuerpo del Cuzco esta en la provincia de Quito donde murio: i la cabeça llevaron a la ciudad del Cuzco; y la tienen con mucha veneracion con mucha riqueza de oro y plata entretexido uno con otro; y en esta ciudad ay otras veynte casas las paredes chapadas de una hoja delgada de oro por de dentro y por de fuera. Esta ciudad tiene muy ricos edificios: en ella tenia el Cuzco su thesoro... delante de esta ciudad ay otra llamada Collao donde hay un rio que tiene mucha cantidad de oro...” (Xerez 1983 [1534]).

En su avance en pos del Cuzco, Atahualpa y sus capitanes frecuentemente enviaban presentes (“trayan diez ovejas”: Xerez 1983 [1534]) a los cristianos, tratando de alguna manera de ubicar su posición con respecto a la ciudad de Cajamarca. Según las crónicas de la época se les atendía con comida en el camino, lo que nos recuerda que los tambos demostraban el poder y control que Atahualpa tenía en el mantenimiento de las vías que llevaban hasta sus aposentos. Una de las principales interrogantes de los cristianos fue cuánto tiempo permanecía Atahualpa en ellos, siendo la respuesta que tenía cinco días esperando a Pizarro con poca gente, porque “avia embiado [a sus hombres] a dar guerra al Cuzco su hermano” (Xerez 1983 [1534]). La versión que la hueste española recibió indicaba que fue Huáscar quien había iniciado la guerra; procediendo primero con el “ritual del ruego”, fueron mensajeros que se adelantaron a cumplir este propósito, “rogandole que le dexasse pacíficamente [a Atahualpa] en lo que su padre le avia dejado por herencia” (Xerez 1983 [1534]: fol. IX) Ya Franklin Pease (1972) se refirió a la guerra entre Huáscar y Atahualpa como una guerra ritual; los españoles llegaron a la región andina en el momento que se daba la sucesión del poder. Muerto Huayna Cápac debía realizarse un ritual que llevaría a la designación del nuevo gobernante. ¿Fue acaso una guerra dinástica entre quienes se sentían con derecho a gobernar?

El hermano de Atahualpa no aceptó el ruego y a cambio dio muerte “a sus herederos y a un hermano de los dos que fue en la embajada” (Xerez 1983 [1534]: fol. IX), un testimonio que nos permite suponer, casi sin lugar a error, que las embajadas enviadas por el Inca no las conformaban simples soldados sino miembros de la panaca real, y en este caso con mayor razón ya que Atahualpa señoreaba muchas tierras, entre ellas “Tumeponba” [sic], provincia cuyo pueblo principal fue incendiado y muerta la gente. Ya para entonces era evidente que el enfrentamiento estaba dado. Atahualpa avanzaba y no había quien se resistiese ante el temor de que ocurriese lo mismo que en Tumeponba, incrementando así sus huestes con la población sometida.

2 Cabe anotar que la crónica impresa en Sevilla en 1534, atribuida por Raúl Porras Barrenechea a Cristóbal de Mena, se refiere a Huáscar con el nombre de Cuzco.

Atahualpa había llegado a Cajamarca, desde donde envió soldados para combatir a su hermano. Según Oviedo fueron dos mil los hombres del Inca, cifra que no consta en otros documentos de primer orden como el caso de la *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú* (1571). Sólo después de este enfrentamiento, una nueva misión conducida por dos capitanes³ debía dominar las tierras del Cuzco, capturándolo a Huáscar y su gente, y recogiendo mucho oro y plata.

Según los escritos de la época, Pizarro había usado una frase aleccionadora para referirse a lo que sucedería: “a los sobervios les acaesce como al Cuzco que no solamente no alcançan lo que malamente dessean pero aun ellos quedan perdidos en bienes i personas” (Xerez 1983 [1534]: fol. IX). Evidentemente intentaba mostrar una actitud favorable hacia Atahualpa, añadiendo que

“... Atabalipa es gran señor: y tengo nuevas que es buen guerrero; mas hagote saber que Mi Señor El Emperador que es Rey de las Españas i de todas las indias y Tierra Firme y Señor de todo el Mundo tiene muchos criados mayores señores que Atabalipa y capitanes suyos han vencido y prendido a muy mayores que Atabalipa i su hermano i su padre...” (Xerez 1983 [1534]).

Después de la muerte de Huayna Cápac, Atahualpa y su hermano estuvieron en paz siete años, cada uno en la tierra que les dejó su padre,

“y podra aver un año poco mas que su hermano el Cuzco se levanto contra el con voluntad de tomarle su señorío: y despues le embio a rogar a Atabalipa que no le hiziesse guerra si no que se contentasse con lo que su padre le avia dexado ... i Atabalipa salio de su tierra que se dize Quito con la mas gente de guerra que pudo y vino a Tomepomba donde uvo con su hermano una batalla i mato Atabalipa con su gente mas de mil de la gente del Cuzco: y lo hizo bolver huyendo ... seys meses avia que Atabalipa avia enviado dos pages suyos muy valientes hombres el uno llamado Quisas y el otro Chaliachin... i fueron ganado toda la tierra hasta aquella ciudad donde el Cuzco estava: y se la tomaron y mataron mucha gente y prendieron su persona y le tomaron todo el thesoro de su padre...” (fol. XIII).

La actitud de superioridad con que Oviedo explica la razón de la presencia de los cristianos en América buscaba demostrar abiertamente la validez de la conquista, a lo que se sumaba el hecho de describir a Pizarro como “el enviado” del Emperador, para que juntamente con los pocos hombres que lo acompañaban, transmitiesen el conocimiento de Dios y su obediencia, y demostrasen a los indígenas su superioridad al haber vencido “mayores señores que Atabalipa”. En este caso el “héroe” debe cumplir con ciertos estereotipos creados en la época medieval: debía ser fuerte, dominador, justiciero y violento, pero la violencia que el enfrentamiento creaba era de alguna manera justificada con la cristianización y la incorporación de los americanos a la civilización del mundo occidental. La justa represión era un recurso válido en esas circunstancias.

Las negociaciones se dieron por iniciadas entre ambas partes cuando Pizarro propuso a la embajada enviada por Atahualpa que de aceptar su amistad, le apoyaría en su conquista y le aseguraría su permanencia en las tierras que le pertenecieran, pero de no aceptar le haría la guerra como la que le hizo a otros caciques.

3 Oviedo utiliza un término netamente hispano para identificar a los jefes de esta hueste.

La hueste prosiguió por el camino a la sierra, siendo nuevamente visitada por el principal mensajero que Atahualpa antes había enviado con el presente de unas fortalezas. Esta vez venía con 10 ovejas para los cristianos y a través de las lenguas supo que era esperado con paz y con deseos de expresarle amistad.

Es interesante, una vez, más indagar en torno a la importancia de esta embajada. La crónica dice que “traya servicio de señor y cinco o seys vasos de oro fino con que bevia y con ellos dava a beber a los españoles de la chicha que traya...” (Xerez 1983 [1534]). Debemos entender que con el uso del metal, y de manera especial con el oro (¿por ser incorruptible?), los indígenas expresaron su ideología y su religión, otorgándole un valor simbólico que no se podía medir con el criterio que manejaba el español de esa época.

Resulta interesante advertir en esta etapa de la narración el episodio correspondiente al enfrentamiento entre el mensajero del gobernador Pizarro (un indio principal de la provincia de San Miguel) y el embajador de Atahualpa, asegurando que fue amenazado de muerte por la gente del Inca. Debemos recordar que en la *Noticia del Perú* atribuida a Estete aparece la categoría Inca (Ynga, “Yngua que quiere dezir rey”). Según Franklin Pease (1999a: XXVI), la misma palabra derivaría después en Inga y fue empleada en dos cédulas reales emitidas en Valladolid en 1537, donde Manco Inca, quien se había sublevado, sería perdonado si se rendía ante Pizarro. En uno de estos documentos el rey se dirige al “Cacique Yngua”. ¿Debemos entender que se trataba de un nombre propio o de un cargo? Los cronistas de la conquista identificaron al Inca como “el cacique”, “el señor”, “el Cuzco”; “Tubalipa, Atabalica, Atabalipa”, fue el nombre adjudicado al gobernante que recibiría a la hueste en Cajamarca.

Atahualpa se encontraba ayunando y no podía hablar con nadie; sabemos que el ayuno era considerado como la antesala de las ceremonias, conquistas, expediciones, etc., y que nadie se atrevería a interrumpirlo.

En *La verdadera relación de la conquista del Perú*, el autor pone en boca de los protagonistas hispanos ciertas frases que evidencian su valentía; son descritos como guerreros aguerridos acompañados de caballos que “corren como viento” y que llevan largas lanzas con las que son capaces de dar muerte; los que iban a pie estaban armados con rodela de madera con las que se defendían, jubones fuertes acolchados de algodón y espadas muy agudas que cortaban por ambas partes; también traían ballestas que tiraban de lejos y “tiros de pólvora que tiran pelotas de fuego que matan mucha gente”. Las armas de los naturales eran lanzas largas como picas (Xerez 1983 [1534]: fol. XI), talegas de piedras y hondas.

Es de suponer que estas armas se utilizaban durante los enfrentamientos, en los cuales los honderos tiraban “con hondas piedras guigeñas lisas y hechas a mano de hechura de huevos” (Xerez 1983 [1534]: fol. XIII) y portaban las ya mencionadas rodela y jubones acolchados de algodón. A ellos seguían los indios con porras “de braça y media de largo y tan gruesas como una lança gineta” (Xerez 1983 [1534]: fol. XIII). Como sabemos por los estudios realizados, las descripciones, dibujos y hallazgos, las porras que se mencionan eran de metal con cinco o seis puntas. Otros iban con hachas cuya cuchilla sería de metal, también los habría con lanzas pequeñas arrojadas como dardos, y piqueros en la retaguardia. Eran conducidos por quienes los españoles identificarían como sus capitanes, portando banderas.

Pizarro continuó en su ruta hacia Cajamarca, descansando en un llano de Cavana; hasta su ingreso, era permanente la presencia de mensajeros de Atahualpa, algunos portando comida para los cristianos, otros, con el propósito de observar los movimientos de los españoles. Finalmente, el 15 de noviembre de 1532 “[v]ieron estar el real de Atabalipa una legua de Caxamalca en la halda de una sierra” (Xerez 1983 [1534]: fol. X). A los ojos de los visitantes había en medio del pueblo una gran plaza cercada de tapias, mayor que cualquiera de España, cercada con dos puertas que daban a las calles del pueblo, y una fortaleza con escalera de piedra de cantería. Otra plaza pequeña pareció cercada, según narra el cronista, de aposentos en los que había muchas mujeres para el servicio de Atabalipa.

Debemos recordar que se menciona que en los principales centros administrativos incas, así como en los santuarios de costa y sierra, ciertas mujeres ocupaban un lugar importante en la jerarquía social; las alianzas matrimoniales daban origen a las relaciones recíprocas y redistributivas, pero muchas de ellas estaban destinadas a cumplir con el ritual religioso. En realidad fueron múltiples las funciones para las cuales se destinó a las mujeres. Muchas de ellas venían del Cuzco, otras de Chachapoyas y Huánuco, y eran hijas de los curacas principales. Murúa (1987[1616]) señala que estaban dedicadas a labores estatales y que podían ser *ñustas*, *cayanguarme* o *viñachicuy*: las primeras solamente fabricaban ropa para el Inca, tenían acceso al monarca y podían pedirle favores; las segundas, tejían sus vestidos y las ropas de cumbi para el Inca; y las últimas eran las vírgenes dedicadas al culto.

Pero más les sorprendió la “casa cercada de un corral de tapias: y en el una arboleda puesta por mano. Esta casa dicen que es del Sol”. Ya Túpac Inca Yupanqui había repetido el modelo administrativo y ceremonial en cada uno de los lugares conquistados durante su época de expansión. Esa casa, a la cual Oviedo se refiere, fue descrita como pequeña, hecha en “cuatro quartos” con un patio y en él un estanque de agua muy caliente: “esta agua nasce hirviendo en una sierra que esta cerca de allí” (evidentemente las referencias aluden a las aguas termales de la región). Por otro caño se trasladaba el agua fría que desembocaba, al igual que la anterior, en un estanque al cual se bajaba por gradas, y que era usado para lavarse. Las paredes estaban

“enxalvegadas de un betumen bermejo mejor que almagre... i la madera de la casa esta teñida de la mesma color y el. Otro quarto frontero es de quatro bovedas redondas como campanas todas quatro incorporadas en una: este es encalado blanco como nieve” (Xerez 1983 [1534]: fol. X).

El tema de la arquitectura incaica es fascinante. Aunque entre las características que más se han difundido están las que la identifican como monumental y de fina mampostería, también se ha de destacar el uso al cual fueron destinadas las construcciones, un tema que tanto Rowe (1944) como Agurto (1987) y Morris (1999) han planteado con detenimiento. Pareciera que el propósito de estos constructores fue el de crear pueblos y ciudades que se distinguieran, sobresaliendo de las construcciones anteriores y/o contemporáneas, ya fueran en adobe o en piedra, distinguiendo la simetría de las construcciones, así como la utilización de elementos arquitectónicos, de las de las demás (son pruebas ineludibles de esta singularidad las puertas, ventanas y nichos trapezoidales, por ejemplo). Los techos incaicos han

despertado el interés de famosos estudiosos como Gasparini y Margolies (1977), quienes se han referido a la inclinación de los mismos, así como a sus complejas cubiertas.

Morris (1999), señala que los edificios incaicos más grandes fueron las *kallankas*, que generalmente miraban hacia la gran plaza, abriéndose sus múltiples puertas hacia un solo lado. Probablemente estaban destinadas a albergar gente de paso, o a desarrollar grandes ceremonias.

Los edificios más comunes constaban de dos o tres unidades agrupadas simétricamente alrededor de un patio, cercadas por el muro o *kancha*.

La planificación de las ciudades tuvo fines funcionales y la ubicación de las estructuras urbanas y ceremoniales se basó en los fundamentos ideológicos, religiosos y en la organización social.

A partir de la lectura de *La verdadera relación de la conquista del Perú* es también posible obtener información sobre ciertas costumbres y hábitos indígenas. Entre ellos destaca la limpieza que caracterizaba a la gente y la honestidad de las mujeres, así como su dedicación a la tarea de tejer lana y algodón para la fabricación de ropa y calzado. Se las describe con unas ropas sobre las cuales llevan “unas reatas muy labradas faxadas por la barriga: sobre esta ropa traen cubierta una manta desde la cabeza hasta media pierna que parece mantillo de muger. Los hombres visten camisetas sin mangas i unas mantas cubiertas” (Xerez 1983 [1534]: fol. Xv). Sobre el vestido, los hombres se ponían una manta o *yacolla*, y las mujeres una *lliclla*. Al referirse al *uncu*, el Padre Cobo (1653) dice: “Llegales comúnmente a la rodilla ... y ... [e]l vestido de las mujeres, que les sirve de saya y manto son dos mantas, la una se ponen como sotana sin mangas... y les cubre desde el cuello hasta los pies ... Esta saya o sotana se llama anacu...”.

La primera impresión que los españoles tuvieron de Atahualpa se dio cuando el capitán Hernando Pizarro llegó a sus aposentos. Los testimonios de época coinciden en señalar que estaba rodeado por mucha gente de guarda. A ojos de los españoles apareció “sentado en un asiento baxo... en la frente, una borla de lana que parecía de seda de color carmesi de dos manos asida de la cabeza con sus cordones que le baxaba hasta los ojos” (Xerez 1983 [1534]: fol. Xv). Era “...hombre de treynta años bien apersonado i dispuesto algo grueso el rostro grande hermoso y feroz los ojos encarnizados en sangre hablava con mucha gravedad como gran señor hazia bivos razonamientos... era hombre alegre aunque crudo” (Xerez 1983 [1534]).⁴

Las primeras frases dichas delante de Atahualpa fueron para referirse a las declaraciones de “Mayabilica”, el curaca en el río Luricara. Éste denunció el mal tratado por los españoles, por lo cual había matado a tres cristianos y un caballo, aseveraciones que fueron rechazadas por los hispanos y de la que se dedujo que era uno de los curacas rebeldes.

Los españoles armados recibieron la orden de prender al Inca al grito de Santiago, cuando éste ingresara a la plaza.

4 Pease (1995a) menciona que la imagen del Inca como tirano alcanzó su mejor explicación en la necesidad de los cronistas de justificar la conquista española de los Andes.

Oviedo se refiere al gran número de naturales (500 por cada cristiano) y a la valentía de los españoles que estaban protegidos por Dios. Se trataba de otro pueblo infiel que, al igual que el de los musulmanes ibéricos, debía ser convertido a la religión cristiana. Recién hoy podemos identificar este prejuicio a partir de las múltiples lecturas de las fuentes, que nos obligan a repensar su visión del habitante andino.

El ingreso de Atahualpa fue precedido por indios que preparaban el camino, en tanto que otros vestían armaduras, patenas y coronas de oro y plata. Entre ellos se encontraba el Inca, “en una litera aforrada de pluma de papagayos de muchos colores guarnecida de chapas de oro y plata (Xerez 1983 [1534]: fol. XI). Detrás de él, otros principales indígenas también eran llevados en literas y hamacas, y seguidos por mucha gente con coronas de oro y plata. En otro acápite de la crónica se deja saber que entre éstos se hallaba un “page y gran señor a quien el mucho estimava”, otros consejeros y también el señor de Caxamalca.

Fray Vicente Valverde, llevando “una cruz en la mano i con su Biblia en la otra” (Xerez 1983 [1534]: fol. XII), le dio el encuentro a través de un “farante” [sic (= faaute.— Ed.)], transmitiéndole la palabra del Dios de los cristianos. A esto respondió el Inca con reclamos por haberle tomado ropa y maltratado a los curacas, arrojando el libro que el religioso le había alcanzado.

Los testigos presenciales narraron con especial preocupación lo que siguió a este acontecimiento, ya que en ese momento se jugaba el prestigio de los españoles, la doctrina cristiana y todo aquello que pudiese afrentar las creencias y tradiciones de los conquistadores, quienes se creían superiores y con derecho a reclamar parabienes para ellos y su rey. Oviedo insiste en la gran matanza que se suscitó y cómo Pizarro fue herido en la mano al defender a su prisionero (la conducta de Pizarro es alabada de alguna manera por el cronista, ya que se jugó su propia integridad física en estas circunstancias, frente al gran señor de otro mundo totalmente desconocido). Estando el Inca en prisión, Pizarro trató de demostrar la misión que habrían de cumplir los cristianos en América. Usó entonces el perdón, como ya lo había hecho en la isla con los señores de Tumbes y Chilimas, y sostuvo que si había hecho prisionero al Inca, fue por no acercarse en paz y por ofender a los cristianos.

Seguidamente los españoles iniciaron el recojo de mujeres, animales, oro, plata y ropa, entre lo cual “uvo ochenta mil pesos y siete mil marcos de plata i catorce esmeraldas: el oro i la plata en piezas monstruosas i platos grandes i pequeños y cantaros i hollas y braseros i copones grandes y otras piezas diversas” (Xerez 1983 [1534]: fol. XIII). El cronista no disimula el interés y la codicia de parte de los españoles por acopiar oro y plata, la motivación principal de estas aventuras, pero también todo aquello que les produjera placer (recordemos una vez más con qué precisión toca el tema vinculado al botín). Entre los hallazgos de los españoles destaca la gran cantidad de ropa “liada en fardos arrimados hasta los techos de las casas”, almacenaje que como sabemos debe haberse dado en los tambos, los cuales estaban destinados a satisfacer el cumplimiento de los principios básicos de organización del Tahuantinsuyo, la reciprocidad y la redistribución:

“Dicen que eran destinados para bastecer el ejercito. La ropa es la mejor que en las Indias se ha visto, la mayor parte della es de lana muy delgada y prima, y otra de algodón de diversos colores i bien matizadas” (Xerez 1983 [1534])

Pero en medio de tantas riquezas, el oro y la plata significaron para los conquistadores el esplendor, la riqueza y el poder, y su obtención se convirtió en “causa justa” de la conquista, olvidando que para el hombre andino la riqueza material no conllevaba este significado; poseer más metal, oro o plata, no le significaba ascender socialmente; más bien, como afirma Carcedo (1999), el metal precioso

“...llegó a formar un complejo sistema simbólico regido por divinidades míticas, rituales, creencias y simbolismos que estaban profundamente arraigados en el pensamiento andino... El metal hará, por tanto, de soporte, de medio tangible que ayude a expresar una religiosidad, una cosmovisión del mundo dentro de una colectividad”.

Atahualpa ofreció a los españoles mucha cantidad de oro i plata:

“dixo: que daría de oro una sala que tiene veynte y dos pies en largo y diez y siete en ancho llena hasta una raya blanca que esta a la mitad del altor de la sala que sera lo dixo de altura de estado y medio: y dixo que hasta alli henchiria la sala de diversas pieças de oro cantaros ollas y tesuelos i otras pieças: y que de plata daría todo aquel bohio dos vezes lleno...” (Xerez 1983 [1534]: fol. XIVv)

Para obtener el oro y la plata Atahualpa envió mensajeros, los cuales demoraron “quinze dias en yr” al Cuzco. Al indicarle a Pizarro otros lugares donde buscaría el oro, el Inca describió un adoratorio distante “diez jornadas de Caxamalca camino del Cuzco” (Xerez 1983 [1534]: fol. XIVv) que tenía muchas riquezas y donde “estava el general ydolo de todos ellos: y que por guarda... estava un gran sabio... porque hablava con aquel ydolo” (Xerez 1983 [1534]: fol. XIVv) ;Se trata de Pachacamac?

Atahualpa ordenó además que los indios regresaran a sus lugares de origen puesto que venían de diversas provincias, lo que una vez más demuestra la capacidad de convocatoria para sostener una guerra y para que la gente formara parte de su servicio. Según Xerez (1534), el Inca tenía a su lado a todos los caciques de los pueblos que había conquistado y disponía de gobernadores suyos. La presencia de los españoles en Cajamarca convocó a ciertos indios principales de otros lugares y Pizarro pudo conocer el poder que tenía el Inca, en la medida que algunos resultaron ser señores de hasta treinta mil indios. Éstos se presentaban ante él portando una serie de ofrendas en señal de respeto y dependencia.

Estando Atahualpa prisionero se conocieron varias noticias, entre ellas que su hermano había sido muerto. También para entonces Pizarro recibió la noticia del arribo de seis navíos con más de 100 hombres al puerto de Cancebí, llegados de Panamá bajo el mando de Almagro, y que había gente de guerra en Huamachuco, para lo cual se enviaría a Hernando Pizarro. Igualmente supo que en Xauxa había mucho oro. Acto seguido, Pizarro mandó tomar posesión del pueblo del Cuzco y de sus comarcas, para lo cual designó rey a un hermano de Atahualpa, con el cual partieron de Cajamarca alrededor del 15 de febrero.

En la *Verdadera relación...*, Oviedo consigna el itinerario del viaje de Hernando Pizarro, desde Cajamarca a Parcoma y a Jauja, y esta noticia fue la que reci-

bió Miguel de Estete. La relación se inicia (según el documento) el 5 de enero, día de la Epifanía, y en su recorrido toparon con pueblos como “Ychoca” y “Guanca-sanga” (sujeto al pueblo de “Guamachuco”); también tendrán noticias de la presencia de Chilicuchima y sus hombres de guerra a siete leguas de distancia, en Andamarca. De allí pasaron luego a “Tambo” (sujeto a Huamachuco) y a Andamarca, donde se enteraron de la existencia del santuario de Pachacamac.

Por un lado, el cronista deja entrever la importancia religiosa de Pachacamac, que además de ser un centro de adoración tenía mucho oro, mientras que por el otro lado, el deseo de conocer la tierra y poblarla con cristianos fueron las principales razones que hicieron que Hernando Pizarro cruzara ríos y caminos difíciles hasta arribar a “Totopamba” donde fue bien recibido; a “Coronga”, un pueblo sujeto a Guamachoro; al pueblo señoreado por Pumapachca; a “Guarax”, donde estaba el señor de Pumacapillay; y a “Sucaracoay” y “Pachicoto”.

Hernando dejó luego el camino real que iba al Cuzco y tomó el de los llanos, llegando a “Marcara”, lugar a donde llevaban el ganado a pastar en ciertas épocas del año y en el cual el camino se tornaba difícil. De allí se dirigieron a “Guaracanga” (donde describiré un paisaje costero), “Parpunga” (junto al mar), “Guamaymayo” (en un barranco sobre el mar), “Guarua”, “Llachu” (así llamado por las perdices, por que habían muchas en jaulas), “Sukulacumbi” y “Pacalcami”, de gran importancia por su santuario y por el oro, uno de los objetivos de este viaje. Aquí visitaron al “[y]dolo hecho de palo muy suzio” del que “dicen ser su dios, el que los cria y sostiene”. A sus pies tenía como ofrendas algunas joyas de oro y sólo ciertas personas estaban destinadas a su servicio. Según lo que narraron los españoles, “el diablo se reviste de aquel Ydolo: i habla con aquellos sus aliados: y les dize cosas diabolicas... a este tienen por dios y le hazzen muchos sacrificios” (Estete en Xerez 1983 [1534]: fol. XVIIv). En el pueblo habían muchos “ydolos de palo i los adoran a imitacion de su diablo”, de modo que desde el pueblo de “Catainez” (que es el principio de la gobernación) toda la gente servía al santuario con oro y plata, entregando anualmente el tributo en casas destinadas para ese fin (sobran los comentarios al respecto; sabemos la importancia del santuario por los múltiples trabajos al respecto; véase Rostworowski 1999b).

El cronista, de acuerdo a la mentalidad propia de su época, convulsionada por luchas y alianzas pero imbuida del fervor religioso que caracterizó a su siglo, quiere mostrar a través de su escrito que los españoles dieron una verdadera lección de cristianismo al tratar de demostrar a los indígenas que las idolatrías debían desecharse y que era tarea de ellos (de los conquistadores) destruir la morada de falsas divinidades: “el Capitan mando deshazer la boveda donde el ydolo estava y quebrarle delante de todos...” (Estete en Xerez 1983 [1534]: fol. XVIIv).

En el pueblo de “Xachacama” también ubicaron la casa del Sol, “puesta en un cerro bien labrada con cinco cercas” (Estete en Xerez 1983 [1534]: fol. XVIIv). Su señor principal era Taurichumbi y a este pueblo llegaron ciertos indios principales portando ofrendas para los cristianos:

- El señor de Malaque, llamado Lincoto, trajo oro y plata.
- El señor de Hoar, llamado Alincay.
- El señor de Gualco, llamado Guarilli.

El señor de Chíncha con diez principales, llamado Tambianuca.
 El señor de Goarua, llamado Guarchapicho.
 El señor de Colixa, llamado Aci.
 El señor de Sallicaimarca, llamado Yspilo.

Hernando Pizarro salió al encuentro de Chilicuchima al llegar a "Guarua" (en el llano junto al mar), y dejando la costa se avanzó a los pueblos de "Guaranga" (sujeto a Guarua), "Ayllon" (sujeto a Aratambo, zona de ganado y maíz), "Chíncha" (sujeto de Caxatambo) y "Caxatambo" (el señor del pueblo era Sachao). Luego se dirigió a "Pombo" (en el camino real), "Oyu", "Xacamalca",⁵ "Carma", "Yanaymalca" y "Xauxa", lugar apreciado por su tierra templada.

De allí siguieron a "Pombo", "Tambo", "Tonnicancha" (donde el cacique principal era Tillima) y "Guaneso" (que tenía otros comarcanos que le eran sujetos), prosiguiendo hasta llegar a un puente de madera sobre un caudaloso río, donde habían porteros que cobraban el "portazgo", como era costumbre (según los españoles, un impuesto que se pagaba por el uso de este tipo de servicio). De allí pasaron a "Pincosmarca" (cuyo cacique era Parpay), "Guari" (donde también había un importante puente y —según Chilicuchima— "avia avido un recuento con la gente del Cuzco"; Estete en Xerez 1983 [1534]: fol. XIXv), "Guacango", "Piscobamba" y "Guacacamba", donde habían dos puentes "hechos de red":

"sacan un cimientto de piedra de junto al agua y de una parte a otra ay unas maromas tan gruessas como el musio hechas de bimbres: y sobre ellas atraviessan muchos cordeles gruessos y muy texidos y hazen sus bordos altos: y por debaxo estan unas piedras muy grandes atadas para tener rezia la puente...".

Está demás mencionar que en todos los puentes habían guardianes.

Los españoles pasaron luego a "Agora", "Conchucho" y a "Andamarca que es donde se aparto para ir a Pachacama: a este pueblo se vienen a juntar los dos caminos reales que van al Cuzco..." (Estete en Xerez 1983 [1534]: fol. XX). Según el cronista, en "Pombo" habían tres leguas de camino "agrio", con bajadas y subidas hechas las escaleras de piedra por las laderas (¿estaría el cronista refiriéndose a los andenes?), y también habían tambos con aposentos donde los señores de aquellas tierras tenían banquetes y fiestas.

En esta parte del relato, Miguel de Estete menciona el encuentro de Chilicuchima con su señor. Éste y ciertos indígenas llevaban muchas cargas y al producirse el encuentro agradecieron al Sol, besando el rostro, manos y pies del señor, ceremonia que según los propios indígenas se había hecho a los gobernantes anteriores.

La crónica prosigue narrando la fundición del oro que Atahualpa había ordenado juntar y con el relato de uno de los españoles sobre la forma en que tomaron posesión del Cuzco. Éste mencionó la existencia de treinta pueblos en el camino y describió la ciudad del Cuzco señalando que era tan grande como se había dicho;

5 Un lugar con una laguna grande, mucho ganado, aves y peces, a donde se decía que el padre de Atahualpa había llevado balsas desde Tumbes para su recreación; de la laguna sale un río que llega a Pombo y al cual se denominó Guadiana.

que en ella había una casa que “tenía chapería de oro”, “i de las Chapas de Oro que esta casa tenía quitaron setecientas planchas que una con otra tenían quinientos pesos: y de otra casa quitaron los Indios cantidad de dozientos mil pesos...” (Xerez 1983 [1534]: fol. XXv). Del Cuzco llegaron a Cajamarca 200 cargas de oro, equivalentes a más de 130 quintales y 25 de plata, más otras sesenta cargas de oro bajo (Xerez 1983 [1534]: fol. XXI). Se mencionan algunas de las mas destacadas piezas de oro:

“Pieça uvo de asiento que peso ocho arrobas de oro: y otras fuentes grandes con sus caños corriendo agua en un lago hecho en la misma fuente donde ay muchas aves hechas de diversas maneras y hombres sacando agua de la fuente todo hecho de oro” (Xerez 1983 [1534]: fol. XXI).

Hubo también ovejas y pastores de gran tamaño, todo de oro, que según las anotaciones del cronista pertenecieron al padre de Atahualpa. También menciona que entre las piezas llevadas a España en cuatro naves, en una de las cuales viajaron Cristóbal de Mena y Juan de Sosa, figuraban 38 vasijas de oro y 48 de plata, entre ellas un águila de plata, ollas grandes de oro y plata, ídolos del tamaño de un niño de cuatro años y muchos objetos más que fueron llevados a la Casa de Contratación. La segunda nave fue la Santa María del Campo, que llevaba a Hernando Pizarro, y la tercera tuvo como maestre a Francisco Rodríguez y era propiedad de Francisco de Xerez, quien escribió esta relación por mandato de Francisco Pizarro estando en la provincia de la Nueva Castilla, en la ciudad de Cajamarca; en la cuarta nave fue Francisco Pavón.⁶

Por un cacique del pueblo de Cajamarca, los españoles supieron que estando Atahualpa preso, mandó a “Guito... y por todas las otras provincias a hacer ayuntamiento de mucha gente de guerra ...”, conduciéndolos un capitán llamado Luminabe. Ante estas amenazas, el gobernador decidió darle muerte. Primero ordenó que se le quemase, después dispuso que fuera bautizado y ordenó que “lo ahogasen atado a un palo en la plaça y assi fue hecho: y estuvo allí hasta otro día por la mañana que... lo llevaron a enterrar a la yglesia con mucha solemnidad...” (Xerez 1983 [1534]).

El cronista presenta diversos argumentos que justifican la muerte del Inca. Por un lado se le presenta como cruel y sanguinario, pero también sostiene que causó muchas muertes, actitudes gracias a las cuales la imagen del gobernador quedaba, una vez más, como la del hombre justo con respecto a la de Atahualpa.

Por último, la crónica incluye algunos pasajes relacionados con el embarque de los españoles para Sevilla.

Antes de concluir, quisiera anotar que ya Franklin Pease (1995a) había señalado que Oviedo copió la carta dirigida “A los magnificos señores los señores oydo-

6 En base a las anotaciones de Modesto Bargalló (1955), Paloma Carcedo (1999) sostiene que Francisco Xérez, secretario de Pizarro, describió detalladamente las riquezas que fueron llevadas, entre las cuales figuraban tejonos de oro y barras de plata. Muchas de estas piezas ciertamente provenían del rescate del Inca, no obstante que el acta de Pedro Sancho (junio de 1533) no concuerda con los objetos llegados a la casa de Contratación de Sevilla. El segundo navío llegó a España un año más tarde; además de pesos de oro y marcos de plata se mencionan vasijas de oro y plata, cántaros y hasta un ídolo.

res de la Audiencia Real de Su Magestad que residen en la ciudad de Sancto Domingo" (1533), además de otros textos como el de Diego de Molina y, por qué no, también el de Francisco Xerez. Lamentablemente aún no estamos seguros de esto, pero no lo descartamos porque muchos de los datos registrados por los primeros cronistas fueron repetidos en etapas posteriores. Sin ánimo de refutar cualquier hipótesis, es importante señalar que entre los manuscritos de la biblioteca de Felipe II (inventariada en 1567) figuraban "las comparaciones de Gonzalo Fernandez de Oviedo", alcalde de la isla de Santo Domingo, encuadradas en pergamino y, como indica Dadson (1994), un borrador de lo que sería su gran obra, *La historia general de las Indias*. No está demás recordar que la biblioteca del cronista, a la que Dadson se refiere, incluía textos que seguramente le permitieron elaborar gran parte de sus materiales sobre las Indias. En ellos se aprecian elementos propios de la literatura del siglo XVI, en la cual era común la permanente interacción entre lo real y lo imaginario, siendo el tema de la conquista de los Andes particularmente preferida. En muchas de estas narraciones abundaban la imaginación y las comparaciones con el modelo europeo que les era familiar, o con los esquemas que la literatura de época les inspiraba.

Bibliografía

Fuentes impresas

Calancha 1974-81.

Murúa 1987 [1616].

Ramos Gavilán 1988 [1621].

Xerez 1983 [1534].

Fuentes secundarias

Agurto Calvo 1987.

Bargalló 1955.

Busto 2000, I.

Carcedo 1999.

Castelli 1998.

Dadson 1994.

Gasparini y Margolies 1977.

Morris 1999.

Pease G.Y. 1972, 1995a, 1999a.

Porras Barrenechea 1933.

Rostworowski 1999b.

Rowe 1944.

Wedin 1966.